

Crimen y castigo

Empezamos en el capítulo 19, relatando la muerte de la concubina de un levita. Cuenta de una concubina que fue abandonada a su suerte en una situación aterradora e inhumana. Dice: “...En aquellos tiempos, cuando Israel no tenía rey, hubo un levita forastero que vivía en la parte más lejana de los montes de Efraín. Este levita había tomado como concubina a una mujer de Belén de Judá, pero ella le fue infiel y se regresó a la casa de su padre (...), donde estuvo cuatro meses.

Y encontramos una reacción de este levita fuera de lo común en este asunto, dice: ...Entonces su marido fue a buscarla, y le habló con mucho cariño para hacerla volver (...). Su mujer le pidió que entrara a la casa, y cuando el padre de la joven lo vio, salió a recibirlo muy contento. Y así, el levita se quedó tres días en casa de su suegro comiendo y bebiendo.”

Un hombre tenía una concubina, de quien se separa por su infidelidad. Esta regresa a su casa, pero luego realiza un viaje para traerla de vuelta. Ella aceptó regresar con su marido. Juntos, retoman el viaje en dirección a Efraín. Mientras avanzan por el camino, buscan un lugar en el cual hospedarse, pues va atardeciendo y van pasando por la región de Jebús, que es el lugar que después se convertirá en Jerusalén. El levita, se queda preocupado y dice: ‘Mira, no pararemos ahí. Busquemos una ciudad que no sea de los cananeos’.

Y ellos entonces escogen la ciudad de Guibeá o Gabaa, que posteriormente estará vinculada con el rey Saúl, en el futuro de Israel. Y esta precisa elección tuvo lugar porque Guibeá es una ciudad israelita. Ya entonces, llegando allí, ellos enfrentarán una de las situaciones más terribles y absurdas que se pueda imaginar. Continuemos con nuestra lectura del texto para conocer los acontecimientos.

Jueces 19:15: “...Y así, siguieron su camino. Al ponerse el sol, llegaron cerca de Gabaa, en la tierra de Benjamín. Entonces se apartaron del camino para entrar a la ciudad y pasar allí la noche. Al entrar, fueron a sentarse en la plaza, pues nadie les ofreció su casa para que pudieran dormir.”

Al estar allí, en esa situación, sin ninguna protección, quizás hubiera sido mejor parar en la ciudad de los cananeos, al fin y al cabo. Jueces 19:16 “... Al anochecer, vieron llegar a un anciano, que venía del campo después de trabajar. Ese anciano era de los montes de Efraín, pero vivía como forastero en Gabaa, pues los habitantes de ese lugar eran de la tribu de Benjamín.”

Fíjate que aquí tenemos a un extranjero que regresa de trabajar en el campo. Y esa ciudad es de la tribu de Benjamín. Entonces dice que: “...Cuando el anciano levantó la mirada, vio al viajero en la plaza y le preguntó: ¿De dónde vienes, y adónde vas? El viajero respondió: Venimos de Belén de Judá, y vamos a lo más alejado de los montes de Efraín, de donde soy. Estoy regresando de Belén de Judá, y ahora me dirijo a la casa del Señor. Nadie me ha dado alojamiento en su casa. Pero tenemos todo lo que necesitan nuestros asnos, y pan y vino para mí y para mi mujer, y para el criado

que me acompaña. No nos hace falta nada. Y el anciano le respondió: Que la paz sea contigo. Desde ahora, lo que necesites corre por mi cuenta. Solo una cosa: no quiero que pases la noche en la calle. Y el anciano los llevó a su casa, y les dio de comer a sus asnos; luego ellos se lavaron los pies, y comieron y bebieron...”

Pero de repente, “Mientras pasaban un momento agradable, algunos hombres perversos de la ciudad, aparecieron.” En hebreo dice literalmente: ‘hombres de Belial’ Sigamos leyendo para conocer qué ocurrirá luego. Jueces 19:22 en adelante dice: “...Pero cuando estaban disfrutando de todo, unos hombres corruptos de la ciudad rodearon la casa, golpearon la puerta, y le gritaron al anciano, dueño de la casa: «¡Saca al hombre que ha entrado en tu casa! ¡Queremos acostarnos con él! El dueño de la casa salió y les dijo: «¡No, hermanos míos! ¡Yo les ruego que no le hagan daño a este hombre! ¡Es mi huésped! ¡No cometan tal perversidad! Miren, tengo una hija que es virgen, y también está aquí su mujer. Ahora mismo las voy a sacar, para que hagan con ellas, lo que les parezca. ¡Pero no cometan una infamia con este hombre!

Luego vemos lo difícil que es detener la perversidad, continúa el texto diciendo: ...Pero como aquellos hombres no le hicieron caso al anciano, el levita tomó a su mujer y la sacó, y ellos la violaron durante toda la noche y hasta la mañana. Al rayar el alba, la dejaron en paz.”

¡Presta atención! No se trata de un programa sobre crímenes, aunque nuestro tema sea ‘Crimen y Castigo’; se trata de la Biblia, se trata del libro de Jueces, mostrando hasta qué punto puede llegar la decadencia y maldad humana, cuando un individuo no permite que Dios rija su conducta.

Y entonces el texto sigue adelante, Jueces 19:26, dice: “...Antes de amanecer, la mujer llegó hasta la puerta de la casa del anciano, donde estaba su marido, y allí cayó muerta, hasta que amaneció. Por la mañana, el levita se levantó y abrió las puertas, dispuesto a seguir su camino. Fue entonces cuando vio que su concubina estaba tendida a la entrada de la casa, con las manos sobre el umbral de la puerta. Entonces le dijo: «¡Levántate, y vámonos!» Pero como ella no respondió, el levita la levantó, la echó sobre su asno, y se fue a su tierra. Al llegar a su casa, tomó un cuchillo y descuartizó a su mujer en doce pedazos, y repartió los pedazos por todo el territorio de Israel.”

Por supuesto, la maldad genera venganza; y la violencia genera más violencia. Cuando los demás israelitas se enteraron de eso, Jueces capítulo 20 detalla las reacciones inmediatas. “...Como un solo hombre, todos los israelitas, desde Dan hasta Berseba y Galaad, se reunieron delante del Señor en Mispá. Allí estaban presentes los jefes del pueblo y de todas las tribus de Israel. Del pueblo de Dios había cuatrocientos mil hombres de infantería, espada en mano. Las tribus de Benjamín, por su parte, supieron que las tribus de Israel se habían reunido en Mispá. Los israelitas le dijeron al levita: «Cuéntanos cómo tuvo lugar esta infamia. Y el levita, marido de la mujer muerta, les dijo: «Yo llegué a Gabaa de Benjamín con mi mujer, para pasar allí la noche...”

Y contó la historia completa de lo ocurrido. Dijo que después de la violación y del asesinato, él entonces envió a la concubina en pedazos a cada región de Israel, para que se supiera a qué punto la cosa había llegado. No había radio, ni internet ni televisión para relatar todo lo que estaba pasando, así que su actitud fue la de notificar a todos.

Ante tal información y relato, las tribus de Israel se quedaron tan indignadas que ellos se dispusieron a querer destruir la tribu de Benjamín. Fíjate cómo la decadencia genera una sucesión de hechos perversos que causarán una escalada terrible de violencia. Dice el texto en Jueces 20:12 y 13: “...Y enviaron mensajeros a toda la tribu de Benjamín, para preguntarles: «¿Por qué cometieron tal infamia? Entréguenos a esos malvados que viven en Gabaa, para que los matemos. Así erradicaremos de Israel esa maldad.» Pero los de Benjamín no hicieron caso de sus hermanos israelitas...”

El problema empeoró porque los benjamitas no aceptaron revisar el caso y juzgar a los culpables. Al contrario: Iniciaron la guerra contra todo Israel. Sigue el drama en este capítulo 20 de Jueces, dice que los israelitas: “...Salieron en orden de batalla para combatir a los benjaminitas de Gabaa. Pero los benjaminitas también estaban preparados, y salieron de Gabaa a luchar, y ese día exterminaron a veintidós mil guerreros israelitas. Pero los israelitas no se desanimaron, sino que se reagruparon y presentaron batalla en el mismo lugar del primer día. Y es que antes, durante la noche, los israelitas habían ido a llorar delante del Señor y a consultarle si debían volver a pelear contra sus hermanos, los benjaminitas; y el Señor les había respondido que debían atacarlos...”

El texto sigue para nuestra tristeza, dejándonos estupefactos, y absolutamente boquiabiertos: La batalla continuó y hubo una matanza aterradora. Los israelitas hicieron una especie de trampa, de emboscada, y atrajeron a los de la tribu de Benjamín. Y durante ese proceso, que se describe con detalles en el capítulo 20, ellos terminan venciendo en esta guerra. “...Entonces los guerreros israelitas se dieron vuelta, y los benjaminitas se llenaron de temor, pues comprendieron que les había sobrevenido un desastre. Corrieron entonces hacia el desierto, de espaldas a los israelitas, pero la lucha los alcanzó porque los que salían de las ciudades, los herían y los mataban. Así quedaron cercados los benjaminitas (...), desde Menujá hasta el oriente de Gabaa. Ese día cayeron muertos dieciocho mil guerreros benjaminitas (...), pero también fueron aniquilados otros cinco mil de ellos en los caminos; a otros los persiguieron hasta Gidom, matando a dos mil hombres más. En total, ese día murieron veinticinco mil guerreros benjaminitas bien armados. Otros seiscientos hombres huyeron al desierto, a la peña de Rimón, y allí se quedaron cuatro meses. Luego los israelitas se volvieron contra los benjaminitas, y los hirieron a filo de espada, matando en las ciudades a hombres y bestias por igual, y a todo lo que hallaban. Finalmente, prendieron fuego a todas las ciudades que hallaron a su paso.”

¡Vaya desenlace! Observa esa realidad de Crimen y Castigo: Qué situación aterradora, espantosa, que muestra la decadencia total y absoluta de un pueblo que

no obedeció seriamente los lineamientos y preceptos divinos. Se olvidaron y se apartaron del Dios verdadero y estas son parte de las consecuencias.

Al inicio del capítulo 21 de Jueces que: “...los israelitas juraron que ninguno de ellos dejaría que sus hijas se casaran con los benjaminitas. Se reunieron como pueblo en la presencia de Dios, y toda la noche lloraron, y con grandes lamentos decían: “Señor, Dios de Israel, ¿por qué le ha sucedido esto a nuestro pueblo? ¿Por qué tendría que faltar una de nuestras tribus?”

Pero descubrieron que un grupo suyo, los de Jabes y Galaad, no estaban allí. Así que fueron y destruyeron a las mujeres de Benjamín, separando solamente a las que eran vírgenes, y promovieron una especie de matrimonio con esos que no habían participado del juramento. Y así ellos, de una manera muy triste, consiguieron preservar la tribu de Benjamín, a pesar de ese terrible e intrincado suceso.

Y Jueces termina con una nota bastante triste, diciendo lo siguiente: “...Por su parte, también los israelitas se fueron, cada uno con su familia, a su tierra. En aquellos días no había rey en Israel, y cada quien hacía lo que le parecía mejor.” Observa cómo es complicado y doloroso, cuando rechazas obedecer a Dios; los resultados de esa actitud son adversos y catastróficos.